

EL DÍA DEL PADRE

Por: Natividad Jaime Santamaría

PRIMER PREMIO TEMA COLEGIOS
CONCURSO DE RELATOS DEL X DÍA DEL PÍNFAÑO (2013)

Hoy es uno de los muchos días de invierno en los que sopla el viento con fuerza y hace mucho frío, toca quedarse en casa y solo apetece acurrucarse en el sillón en compañía de un buen libro o mirar la televisión. Desde hace días, lo que hay, es un bombardeo continuo de anuncios, casi no se han apagado los ecos de la Navidad en los que se anunciaban diversidad de productos a cada cual mejor, eran fechas en las que da la impresión de que estemos en la obligación de regalar a todo el mundo, hombre, mujer, amigos, niños, compañeros.... Después llegó San Valentín; todo para los enamorados: flores, perfumes, libros, ropa etc. Los grandes almacenes saben tocar la fibra sensible. Ahora llega el día del padre, vuelven los consejos, hay que agradar a papá y comprar todo lo que de forma muy sugerente te anuncian, no falta de nada, desde relojes, móviles, libros electrónicos hasta viajes maravillosos...incluso billetes de lotería especial para ese día; es difícil elegir lo que más le va a gustar.

Ya he visto bastante, cojo el libro e intento meterme en la historia, leo y releo pero no soy capaz de concentrarme aunque me gusta de verdad; mi mente vuela años atrás.

No recuerdo bien cuantos años tenía, seguramente, entre 13 y 14.

Estoy en Aranjuez, en el colegio, mi hogar durante los nueve meses que dura el curso desde que llegué con 7 años, es la hora del recreo del mediodía, estamos en el patio acristalado entretenidas jugando en los bancos de granito, unas a las piedras y otras a las tabas mientras nos llega el turno de montar en bicicleta; las han traído los Cristinos junto a patines, balones y otros juegos en su última visita y hacen las delicias de todas nosotras.

Hablamos de temas intrascendentes, contamos nuestras cosas y algún que otro chiste o anécdota, también hay tiempo para quejarse de algo, dentro de un internado no hay demasiados temas de conversación, las monjas nos dicen claramente que estamos allí para educarnos y estudiar. Ya es el mes de Marzo, el sol calienta y se está a gusto. En un momento todo cambia, una de nosotras hace una pregunta: ¿recordáis que se celebra hoy?, de momento la miramos sin saber que quiere decir y entonces ella misma nos lo aclara: HOY ES EL DIA DEL PADRE.

Se hace el silencio, todas sabemos que es San José, para mí además tiene significado especial ya que era el nombre de mi padre y es el de mi hermana pequeña. En la capilla hemos rezado el “septenario” pero ninguna habíamos pensado en esa celebración. Yo digo entonces muy seria “os dais cuenta lo que supone celebrar el día del padre en un colegio de huérfanas”, se hace el silencio y una rompe el hielo sugiriendo la idea de que contemos cuando y como fuimos conscientes de que ya no teníamos padre. Nos parece bien.

Una tras otra vamos desgranando nuestros recuerdos haciéndonos partícipes de lo que sucedió años atrás.

Yo tengo que remontarme mucho ya que mi padre murió cuando solo tenía cuatro años, me veo junto a mi hermana vestidas de negro de pies a cabeza lo mismo que mi madre y en mi mente hay muchas lagunas de los años inmediatos al fallecimiento; con el tiempo se fueron llenando gracias a los recuerdos que contaban los que estaban a mi alrededor: así sé que perdí la gana de comer hasta el punto de preocupar a mi madre, también he sabido que como un perrito fiel acudía al cementerio en cuanto tenía ocasión, pero otras muchas cosas han quedado para siempre en el olvido..., no tengo recuerdos de vida en familia, ni de navidades ni de cumpleaños, ni siquiera de vivir con un bebé en casa. No obstante, algunos “flas” se repiten con asiduidad.

Vivo en un pueblo y en aquellos años todavía los niños jugábamos en la calle, no había peligro, además al ser una calle estrecha raramente circulaba algún vehículo. Tampoco había distinción de sexos, niños y niñas jugábamos juntos y lo mismo hacíamos carreras, pensábamos alguna travesura o hacíamos banderetas con las que adornábamos la calle el día del patrón con una buena “chocolatada”; todos éramos una piña y cualquier cosa servía para hacernos felices. Fue una tarde en que la diversión se trasladó a casa de uno de los niños al que habían regalado una máquina de cine cuando fui consciente de mi condición de huérfana; todos formamos una fila para acceder a la sala de proyección, (el comedor de su casa), había que pagar 10 céntimos, cuando llegué yo, el dueño le dijo al que cobraba “a esta no le cobres que no tiene padre”, yo entré tan ufana y siempre he recordado ese momento.

En otra ocasión, en la calle, uno de nuestros entretenimientos consistía en empujar la puerta de un establecimiento y salir corriendo, aunque lo hacíamos en todos, teníamos predilección por un quiosco cuyo dueño era muy mal carao y al que teníamos verdadero pánico aunque eso no impedía hacerle siempre la misma jugarreta. Pues bien, uno de esos días al salir corriendo perdí un zapato, aquel hombre que siempre salía tras nosotros a ver si pillaba a alguno se hizo con él y se lo llevó a su tienda ¡menudo trofeo! yo lloraba desconsolada. ¿Cómo iba a presentarme en casa sin zapato? Mi madre me mataría. En aquel momento nos reunimos todos y se formó un comité (todo chicos) para ir a suplicarle que me lo devolviera y el argumento esgrimido

como no podía ser otro fue: “es que no tiene padre”, seguro que tocaron su fibra más sensible porque el zapato volvió a mí poder.

En los pocos recuerdos que guardo de mi niñez, siempre aparece una señora que vende chucherías: tiene yoyos, combas, peonzas, pistones (una especie muy simple de petardos), litones, caramelos, pirulís y toda clase de golosinas que nos hacen suspirar a todos los niños, pero mi objeto de deseo son unas gafas de sol de plástico; cada vez que las veo suspiro por tener unas.

Un día, llega un niño del grupo corriendo, viene de “catequesis” y nos dice: hoy nos ha dicho el cura que todos los muertos resucitarán el último día. Me quedo mirándole y le contesto: ¡qué bien, así mi papá me comprará unas gafas de sol! Siempre he tenido presente ese momento. Hoy, seguramente hubiera deseado cualquiera de los muchos objetos de alta tecnología con los que disfrutaban nuestros niños.

Ya me toca el turno de bici, una a una hemos ido contando con cierta emoción nuestras experiencias de aquellos años que aunque lejanos vamos rememorando en cuanto hay ocasión, hemos pasado un rato en el que en algunos instantes nuestros ojos se han arrasado de lágrimas. Ha sido nuestra manera de celebrar EL DIA DEL PADRE.

Monto y empiezo a dar vueltas al patio mientras en la mente siguen presentes los emotivos momentos recién vividos.

He estado tan ensimismada con mis recuerdos que no he oído llegar a mi hija; no se cuánto tiempo lleva observándome, veo que me mira y me pregunta “¿Qué te pasa mamá? parece que estás lejos de aquí”, la miro y solo acierto a responder: no pasa nada hija, estaba pensando en la gran suerte que habéis tenido tú y tus hermanos de tener un padre con el que disfrutar, nunca podrás ni imaginar lo mucho que yo llegué a necesitarlo y cuanto lo añoré. En estos días la televisión machaca tanto con el día del padre que he rememorado momentos vividos.

Han pasado muchos años pero la pérdida de mi padre siendo tan niña me ha acompañado toda la vida.